

con que la juventud ha aplaudido la obra escuchada, prueba inequívoca de sus sentimientos, que no deben morir en flor. Penétrense, pues, de lo que es su país y animense á escribir, los unos literatura, los otros música. Atrás esos caracteres que, siquiera inconscientemente, siembran el desaliento con sus pesimismo y pobreza de miras; Euskal-erria y sus hijos han de vivir con gloria.

Mi cariñosísima aunque humilde felicitación á los autores y actores de *Chanton*, y el joven Buenaventura Zapirain, ese muchacho euskalduna hasta la médula, atienda los consejos que con el mejor deseo le dan personas competentes, que pueden apreciar lo mucho que promete; estudie y oiga, ilústrese, pero procure no marearse, es decir, inspirese siempre, como un enamorado, en la música incomparable de la tierra en que nació; que en el fondo de sus obras descubramos el arrullo de los cantos de éste suelo en que se meció su cuna, y que, al remontarse á las más elevadas esferas del arte, lleve á ellas ese... *no sé qué*, así como perfume del alma euskara.

ANTONIO ARZÁC.

JUEGOS EUSKAROS



UNA APUESTA DE HACHAS

Es muy general en la clase obrera de toda la región basco-nabarra una decidida afición á los ejercicios que demanden gran fuerza muscular y una agilidad consumada.

A esta afición obedece esa infinidad de apuestas que constantemente se realizan en nuestras provincias, tendentes todas ellas á demostrar la superioridad en los trabajos más rudos y pesados.

En uno de los viajes con que se ha solazado nuestro espíritu por aquellos pueblos, presenciarnos una apuesta cuya descripción, aunque no la hagamos con la brillantez y riqueza de detalles que el asunto merece, no dejará seguramente de interesar á nuestros lectores.

En uno de los montes próximos á la fábrica de hierros de Araya, tenía su dueño don León Urigoitia, contratadas dos cuadrillas de carboneros, á los cuales había dado cierta cantidad de árboles para que le elaborasen con destino á su industria una considerable cantidad del referido combustible.

Una de éstas cuadrillas era de Amurrio y pueblos inmediatos, es decir, bizcainos, y la otra de Albeniz y demás pueblos de Alaba.

Entre bizcainos y alabeses empezaron á discutir una noche en el monte, después de cenar, sobre quién cortaba antes y mejor los robles y hayas destinadas al carbonero. En la discusión salieron á relucir las condiciones de sus hachas. Opinaban los bizcainos que las suyas, de boca redonda, eran mejores y que hendían con más presteza que las de los alabeses, que son cuadradas. Excusamos decir, que éstos sostenían lo contrario.

Intervinieron por fin los capataces de ambas cuadrillas y se desafiaron para el próximo domingo á quién cortaba con más ligereza un *tuero* de haya.

Cada capataz debía elegir uno de su cuadrilla, el que mejor le pareciese para llevar á cabo la apuesta, debiendo realizarse ésta en la plaza del pueblo inmediato, al salir de la misa mayor.

Al domingo siguiente todo el pueblo estaba en la plaza por presenciar aquella especie de torneo.

Los dos campeones eran jóvenes y de musculatura hercúlea: ambos habían llevado á sus prometidas con objeto de que presenciasen la lucha, pues ninguno de ellos creía ser vencido y esperaban que con el triunfo en perspectiva aumentaría el amor de su dulce tormento.

Se midió el espesor de los tueros y una vez convencidos de que no había diferencia alguna, subieron sobre ellos, previa revisación de las hachas y á la señal convenida comenzaron á cortarlos.

Difícil era prever de quién sería el triunfo, pues si el bizcaino era fuerte y ágil el alabés no le iba en zaga. A los golpes tan duros como repetidos saltaban las astillas con gran violencia, como si más que por los brazos del hombre fueran impulsadas por una fuerza eléctrica.

La ansiedad de los espectadores era grandísima. Las dos cuadrillas de carboneros con sus capataces á la cabeza, apostaban sin cesar, en favor de su respectivo comprovinciano.

A medida que faltaba menos para concluir el corte, crecía el interés de la lucha.

Las prometidas de ambos contrincantes seguían el golpe de las hachas con un afán indescriptible, pues en aquella lucha iba la honrilla de sus novios.

Por fin, después de titánicos esfuerzos, sonaron los dos últimos golpes simultáneamente, quedando divididos los dos trozos de madera á un mismo tiempo, sin poder determinar quién había concluido primero y quedando por tanto sin efecto las apuestas.

Terminado el espectáculo, el tamboril del pueblo tocó una jota y en cuanto la oyeron los dos competidores, se dirigieron donde estaban sus novias y se pusieron á bailar con ellas, sin que se les advirtiera el menor cansancio.

Por la tarde ambas cuadrillas de carboneros se reunían en fraternal banquete y olvidando las disidencias que con motivo de las apuestas habianse suscitado por la mañana, todos eran excelentes amigos.

Al anochecer tomaron sus hachas y con ellas al hombro emprendieron su camino para el monte.

Iban de á dos en fondo por la estrecha y tortuosa vereda fumando todos en la tradicional pipa de yeso y al llegar á la cúspide de la montaña se detuvieron en una especie de colina y con unos cuantos tragos del excelente vino que se cosecha en la rioja alabesa se conciliaron las amistades.

Después se separaron tomando cada cuadrilla en dirección á sus puestos; el silencio de la noche era interrumpido por voces de despedida que salían de entre el tupido arbolado.

ANTONIO INCHAUSTI.

